

# SCOTT TUROW

## Inocente

La secuela de *Presunto inocente*



LITERATURA MONDADORI

*Inocente*

*Literatura Mondadori, 442*

---

# *Inocente*

SCOTT TUROW

Traducción de Montserrat Gurguí  
y Hernán Sabaté



MONDADORI

---

*Barcelona, 2010*

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)  
(c) Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Innocent*

© 2010, Scott Turow. Publicado por acuerdo con el autor. Todos los derechos reservados.

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Montserrat Gurguí Martínez y Hernán Sabaté Vargas, por la traducción

*Primera edición: octubre de 2010*

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2319-6

Depósito legal: B-32.574-2010

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.

Impreso y encuadernado en Cayfosa

Crta. Caldes, Km. 3

08130 Santa Perpetua de Mogoda

GM 23196

*Para Nina*

## ÍNDICE

<i>Prólogo. Nat</i> , 30 de septiembre de 2008 . . . . .	11
--	----

### PRIMERA PARTE

#### I

1. Rusty, 19 de marzo de 2007, dieciocho meses antes . . .	19
2. Tommy Molto, 30 de septiembre de 2008 . . . . .	30
3. Rusty, 19 de marzo de 2007 . . . . .	36
4. Tommy Molto, 3 de octubre de 2008 . . . . .	44
5. Rusty, 19 de marzo de 2007 . . . . .	49
6. Tommy, 13 de octubre de 2008 . . . . .	63
7. Rusty, marzo-abril de 2007 . . . . .	71
8. Tommy, 17 de octubre de 2008 . . . . .	87
9. Rusty, mayo de 2007 . . . . .	98
10. Tommy, 23 de octubre de 2008 . . . . .	115

#### II

11. Rusty, 2 de septiembre de 2008 . . . . .	129
12. Tommy, 27 de octubre de 2008 . . . . .	132
13. Anna, 2 de septiembre de 2008 . . . . .	138
14. Tommy, 29 de octubre de 2008 . . . . .	155
15. Anna, 2 de septiembre de 2008 . . . . .	159
16. Rusty, 2 de septiembre de 2008 . . . . .	163
17. Nat, 2 de septiembre de 2008 . . . . .	166
18. Tommy, 31 de octubre de 2008 . . . . .	169
19. Anna, 24-25 de septiembre de 2008 . . . . .	175

20.	Tommy, 31 de octubre de 2008 . . . . .	180
21.	Nat, 28 de septiembre de 2008 . . . . .	185
22.	Tommy, 4 de noviembre de 2008 . . . . .	193

## SEGUNDA PARTE

### III

23.	Nat, 22 de junio de 2009 . . . . .	199
24.	Tommy, 22 de junio de 2009 . . . . .	213
25.	Nat, 22 de junio de 2009 . . . . .	223
26.	Nat, 22 de junio de 2009 . . . . .	251
27.	Tommy, 22 de junio de 2009 . . . . .	264
28.	Nat, 22 de junio de 2009 . . . . .	272
29.	Nat, 22 de junio de 2009 . . . . .	280
30.	Tommy, 23 de junio de 2009 . . . . .	292
31.	Nat, 23 de junio de 2009 . . . . .	295
32.	Nat, 23 de junio de 2009 . . . . .	305
33.	Tommy, 23 de junio de 2009 . . . . .	311
34.	Nat, 24 de junio de 2009 . . . . .	315
35.	Tommy, 24 de junio de 2009 . . . . .	324
36.	Nat, 24 de junio de 2009 . . . . .	330
37.	Tommy, 25 de junio de 2009 . . . . .	336
38.	Nat, 25 de junio de 2009 . . . . .	343
39.	Tommy, 25 de junio de 2009 . . . . .	354
40.	Nat, 26 de junio de 2009 . . . . .	363

### IV

41.	Tommy, 3 de agosto de 2009 . . . . .	373
42.	Rusty, 4 de agosto de 2009. . . . .	379
43.	Tommy, 4-5 de agosto de 2009 . . . . .	386
44.	Anna, 5-6 de agosto de 2009 . . . . .	398
45.	Rusty, 25 de agosto de 2009 . . . . .	414

<i>Agradecimientos</i> . . . . .	429
----------------------------------	-----

## PRÓLOGO

NAT, 30 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Hay un hombre sentado en la cama. Es mi padre.

Bajo las mantas yace el cuerpo de una mujer. Era mi madre.

La historia no empieza realmente aquí. Tampoco termina en este punto, pero es el momento al que siempre regresa mi mente, la manera en que siempre los veo.

Según me contará pronto, mi padre lleva ahí, en esa habitación, casi veintitrés horas, con pequeñas pausas para ir al baño. Ayer se despertó a las seis y media, como casi todos los días laborables, y notó el cambio mortal en cuanto volvió la vista hacia mi madre, mientras se ponía las zapatillas. Le sacudió el hombro, le tocó los labios y le presionó varias veces el esternón con la palma de la mano, pero tenía la piel fría como el barro. Sus extremidades ya estaban anquilosadas, como las de un maniquí.

Me dirá que entonces se sentó en una silla, delante de ella, y que no lloró en ningún momento. Estuvo pensando, añadirá. No sabe durante cuánto tiempo, salvo que el sol había recorrido toda la habitación cuando, por fin, se puso en pie otra vez y empezó a ordenar el dormitorio obsesivamente.

Dirá que devolvió al estante los tres o cuatro libros que ella estaba leyendo. Colgó la ropa que ella tenía la costumbre de amontonar en el asiento de delante del tocador y luego arregló la cama en torno al cuerpo, dejando las sábanas bien tirantes, doblando la colcha y alisándola, antes de colocarle las manos, como las de una muñeca, sobre el ribete de satén de la colcha. Tiró dos de las flores del jarrón de su mesilla de noche, que se habían marchitado, y ordenó los papeles y revistas de su escritorio.



Me contará que no llamó a nadie, ni siquiera a la ambulancia, porque estaba seguro de que había muerto, y que únicamente envió un correo electrónico de una sola línea a su secretaria para decirle que no iría a la oficina. No respondió al teléfono, aunque sonó varias veces. Pasará casi un día entero antes de que se dé cuenta de que debe ponerse en contacto conmigo.

Pero ¿cómo puede estar muerta?, le diré yo. Hace dos noches, cuando nos vimos, estaba bien. Después de un momento de zozobra, le preguntaré: No se habrá suicidado, ¿verdad?

No, responderá él de inmediato.

No estaba en ese estado de ánimo.

Ha sido el corazón, dirá entonces. Ha tenido que ser el corazón. Y la tensión sanguínea. Tu abuelo murió así.

¿Vas a llamar a la policía?

¿A la policía?, preguntará al cabo de unos momentos. ¿Por qué tendría que llamar a la policía?

Dios mío, papá. Eres juez. ¿No es eso lo que hay que hacer cuando alguien muere de repente? Para entonces, yo estaba llorando. No sabía cuánto rato llevaba haciéndolo.

Iba a llamar a la funeraria, me dirá, pero he pensado que te gustaría verla antes de hacerlo.

Joder, claro que sí. Claro que quiero verla.

Al final, la funeraria nos dirá que llamemos al médico de cabecera y este llamará a su vez al forense, el cual enviará a la policía. Será una mañana larga y luego vendrá una tarde más larga aún, con decenas de personas entrando y saliendo de la casa. El forense tardará seis horas en llegar. Se quedará a solas con el cadáver de mi madre solamente un minuto y luego pedirá permiso a mi padre para hacer una lista de todos los medicamentos que tomaba. Al cabo de una hora, entraré en el cuarto de baño de mis padres y veré a un poli con un bolígrafo y un bloc en la mano, boquiabierto ante el botiquín.

¡Joder!, exclamará.

Trastorno bipolar, explicaré cuando finalmente se percate de mi presencia. Tenía que tomar muchas pastillas.

Al cabo de un rato, vaciará los estantes del botiquín y se marchará con una bolsa de basura que contiene todos los medicamentos.

Mientras tanto, llegará otro policía y le preguntará a mi padre qué ha ocurrido. Él contará la historia una y otra vez, siempre la misma.

¿Y en qué pensó durante tanto tiempo?, preguntará un poli.

Mi padre sabe expresar mucha dureza con sus ojos azules, algo que probablemente aprendió de su padre, un hombre al que despreciaba.

¿Está usted casado, agente?

Sí, señor juez.

Entonces, ya sabe en qué pensé, responderá. En la vida. En nuestro matrimonio. En ella.

La policía le hará repetir el relato tres o cuatro veces más. Cómo fue que se quedó allí sentado y por qué. Su respuesta no cambiará. Contestará cada pregunta con su habitual estilo contenido, el del impasible hombre de leyes para quien la vida es un mar infinito.

Explicará cómo movió cada uno de los objetos.

Contará dónde pasó cada una de las horas.

Pero no le dirá a nadie lo de la chica.

## PRIMERA PARTE

RUSTY, 19 DE MARZO DE 2007,  
DIECIOCHO MESES ANTES

Desde el banco de nogal situado unos tres metros por encima del estrado de los abogados, golpeo la mesa con el mazo y cito el último caso de la mañana para la vista oral.

—El Estado contra John Harnason —digo—. Un cuarto de hora para cada parte.

La majestuosa sala del Tribunal de Apelación, con sus columnas granates que se elevan dos pisos de altura, hasta un techo decorado con oropeles rococó, está prácticamente vacía de espectadores, a excepción de Molly Singh, la periodista judicial del *Tribune*, y de varios jóvenes ayudantes del fiscal, atraídos por la dificultad del caso y por el hecho de que su jefe, Tommy Molto, el fiscal jefe en funciones, ha hecho una inusual aparición aquí para litigar en nombre del Estado. Molto, un veterano de aspecto envejecido, está sentado con dos de sus ayudantes a una de las lustrosas mesas de nogal situadas frente al juez. Al otro lado, el acusado, John Harnason, que ha sido declarado culpable del envenenamiento mortal de su compañero de piso y amante, se dispone a oír cómo se decide su destino mientras su abogado, Mel Tooley, avanza hacia el estrado. Junto a la pared de enfrente se encuentran varios pasantes, y entre ellos Anna Vostic, la más veterana de los míos, que dejará el trabajo el viernes. Cuando se lo indique con la cabeza, Anna encenderá las diferentes lucecitas situadas sobre el estrado de los abogados, verde, amarilla y roja, que indican lo mismo que los semáforos.

—Con la venia de su señoría —dice Mel, utilizando el tradicional saludo de los abogados a los jueces.

Con un sobrepeso de al menos treinta kilos, Mel sigue insistiendo en llevar unos audaces trajes de raya diplomática, tan ajustados como la piel de una salchicha —suficiente para inspirar vértigo—, y la misma asquerosa peluca que le hace parecer un caniche desollado. Empieza con una sonrisa empalagosa, como si él y yo y los dos jueces, Marvinna Hamlin y George Mason, que me flanquean en el tribunal de tres magistrados que decidirá la apelación, fuéramos los mejores amigos del mundo. A mí, Mel nunca me ha caído bien: es una víbora más venenosa de lo habitual en el nido de serpientes que es el cuerpo de abogados penalistas.

—En primer lugar —dice Mel—, no puedo empezar sin desearle al presidente del tribunal, el juez Sabich, un feliz cumpleaños en esta señalada fecha.

Hoy cumplo sesenta, una ocasión que he abordado con tristeza. Indudablemente, Mel ha sacado esta información de la columna de sociedad de la página dos del *Tribune* de hoy, una crónica de la actualidad diaria llena de insinuaciones y filtraciones, que siempre concluye felicitando el cumpleaños a las celebridades y los notables del lugar, entre los que esta mañana me encontraba yo: «**Rusty Sabich, presidente del Tribunal de Apelaciones del Distrito Tercero y candidato al Tribunal Supremo del Estado, 60**». Verlo en negrita había sido como recibir un balazo.

—Esperaba que nadie hubiera reparado en ello, señor Tooley —digo.

Todos los presentes en la sala se echan a reír. Como descubrí hace tiempo, al ser juez, mis bromas, por estúpidas que sean, provocan sonoras carcajadas. Con un gesto, le indico a Tooley que proceda.

En pocas palabras, el trabajo de un tribunal de apelación consiste en asegurarse de que la persona que apela haya tenido un juicio justo. Nuestro registro de sumarios refleja la justicia al estilo americano, claramente dividida entre los ricos, que en general disputan casos civiles muy caros, y los pobres, que constituyen la mayor parte de los imputados por delitos y que se enfrentan a largas penas de prisión. Como el Tribunal Supremo del Estado revisa muy pocos casos, nueve de cada diez veces un tribunal de apelación es el que tiene la última palabra sobre un sumario.

La cuestión de hoy está bien definida: ¿presentó el Estado suficientes pruebas para justificar el veredicto de homicidio contra Harnason emitido por el jurado? Los tribunales de apelación rara vez re-

vocan una sentencia sobre tal base; por regla general, la decisión del jurado es válida a menos que sea literalmente irracional. Pero este era un caso muy discutido. Ricardo Millan, compañero de piso y socio comercial de Harnason en una agencia de viajes, murió a los treinta y nueve años de una misteriosa enfermedad degenerativa que el forense tomó por una infección o un parásito intestinal no diagnosticado. Y las cosas podrían haber terminado ahí, de no ser por la obstinación de la madre de Ricardo, que vino varias veces desde Puerto Rico. Gastó todos sus ahorros en contratar a un detective privado y a un toxicólogo de la universidad que persuadieron a la policía para que exhumara el cuerpo de su hijo. En las muestras de pelo se encontraron niveles letales de arsénico.

El envenenamiento es el modo de matar de los que actúan con sigilo. Nada de navajas o pistolas. Nada de momentos nietszcheanos en los que uno se enfrenta con su víctima y siente la elemental excitación de imponer la propia voluntad. El envenenamiento conlleva más impostura que violencia. Y resulta fácil entender que lo que hundió a Harnason delante del jurado es, simplemente, que su aspecto encaja con el arquetipo. Me suena vagamente familiar, pero es probable que sea porque su foto ha salido en la prensa, porque si no, yo me acordaría de alguien tan deliberadamente extravagante. Viste un llamativo traje color cobre y en la mano con que garabatea notas furiosamente lleva las uñas tan largas que han empezado a curvarse como las de un emperador chino. Unos espesos e ingobernables rizos anaranjados cubren su cráneo y, de hecho, hay un exceso de pelo rojizo en toda su cabeza. Sus cejas, demasiado pobladas, le dan aspecto de castor y por encima de sus labios cuelga un bigote pelirrojo. Los tipos como él siempre me han desconcertado. ¿Quieren llamar la atención o, sencillamente, creen que los demás somos unos aburridos?

Dejando a un lado su aspecto, las pruebas materiales de que Harnason mató a Ricardo no son claras. Los vecinos informaron de un episodio reciente en el que un Harnason ebrio blandió un cuchillo de cocina en la calle, reprochándole a Ricardo que se viera con un hombre más joven. El ministerio fiscal también subrayó que Harnason interpuso recurso en el juzgado para impedir la exhumación del cuerpo de Ricardo, afirmando que la madre de Ricky era una chiflada que le haría pagar la factura del segundo entierro. Posiblemente, la única prueba material es que los detectives encontraron rastros

microscópicos de insecticida para hormigas a base de óxido de arsénico en el cobertizo trasero de la casa que Harnason heredó de su madre. Ese producto había dejado de fabricarse hacía más de diez años, lo que llevó a la defensa a mantener que los infinitesimales gránulos no eran más que restos degradados de la época en que la madre vivía en la casa, mientras que el verdadero autor del crimen habría podido comprar una forma de óxido de arsénico más probadamente letal en varias tiendas de internet. A pesar de la fama del arsénico como veneno clásico, las muertes por esta causa son raras en la actualidad, y por eso, el arsénico no se busca en los análisis toxicológicos rutinarios que se hacen en las autopsias, así que, de entrada al forense se le pasó por alto la causa de la muerte.

Teniéndolo todo en cuenta, las pruebas a favor o en contra están tan igualadas que, como presidente del tribunal, concedo la libertad bajo fianza de Harnason hasta que se decida la apelación. Esto no ocurre a menudo después de que un acusado haya sido condenado, pero me parecía injusto que Harnason empezara a cumplir condena en la cárcel por un caso tan endeble antes de que decidiéramos el asunto.

Esta orden mía explica, a su vez, la aparición de Tommy Molto, que hoy actúa como fiscal. Molto es un habilidoso abogado de apelaciones, pero, como es el jefe de su oficina, en la actualidad tiene muy poco tiempo para dedicarse a ellas. Si lleva este caso es porque los fiscales consideran que la imposición de la fianza puede ser un indicador de que la condena por homicidio de Harnason podría ser revocada. La presencia de Molto pretende poner de relieve la decisión con que la fiscalía apoya sus pruebas. Concedo a Tommy su deseo, por así llamarlo. Y cuando sube al estrado lo interrogo a fondo.

—Señor Molto —digo—, corríjame si me equivoco, pero, por lo que leo en el informe, no hay nada que demuestre que el señor Harnason supiese que el arsénico no sería detectado por un análisis toxicológico rutinario y que, de ese modo, podría hacer pasar la muerte del señor Millan como debida a causas naturales. ¿No es verdad que no existe información pública sobre los análisis toxicológicos que se practican en las autopsias?

—No es un secreto de Estado, señoría, pero no, no es de dominio público.

—Y, sea secreto o no, no había ninguna prueba que indicara que Harnason lo sabía, ¿verdad?

—Correcto, señor presidente —dice Molto.

Una de las virtudes de Tommy en el estrado es su conducta impecablemente cortés y directa, pero no puede evitar que una sombra familiar de rencoroso disgusto nuble su rostro como reacción a mis preguntas. Él y yo tenemos una historia complicada. Molto era el ayudante del fiscal en un caso de hace veintiún años, un acontecimiento que todavía divide mi vida más claramente que la línea blanca de una carretera, cuando fui juzgado por el homicidio de otra ayudante de la fiscalía y, finalmente, declarado inocente.

—Y, de hecho, señor Molto, tampoco había pruebas claras sobre cómo pudo el señor Harnason envenenar al señor Millan, ¿no es cierto? ¿Acaso no testificaron algunos amigos del difunto que este se cocinaba todas sus comidas?

—Sí, pero el señor Harnason era quien habitualmente preparaba las bebidas.

—Sin embargo, el químico de la defensa dijo que el óxido de arsénico es tan amargo que su sabor no puede camuflarse con un martini o una copa de vino, ¿no es así? La fiscalía no refutó ese testimonio, ¿verdad?

—Sí, es verdad, señoría, ese punto no fue rebatido, pero los dos hombres comían casi siempre juntos. Eso le dio a Harnason muchas oportunidades de cometer el crimen por el que el jurado lo condenó.

Últimamente, en los ambientes judiciales se comenta lo mucho que ha cambiado Tommy, casado por primera vez ya maduro y ocupando un cargo que claramente anhelaba. Sin embargo, su reciente buena fortuna ha podido rescatarlo de su lugar de toda la vida entre los físicamente desafortunados. Tiene una cara casi de viejo, muy estropeada por el paso del tiempo. El poco pelo que le queda en la cabeza se le ha vuelto completamente blanco y debajo de los ojos tiene unas bolsas que parecen las del té una vez usadas. No obstante, es innegable que en los últimos tiempos se aprecia en él una leve mejoría. Ha perdido peso y se ha comprado trajes que ya no le dan el aspecto de haber dormido con ellos y a menudo su expresión es de paz e incluso de buen humor. Pero no es así en esta ocasión. Conmigo, no. A pesar de los años transcurridos, Tommy sigue considerándose un enemigo y, a juzgar por su expresión cuando regresa a su asiento, toma mis dudas en este caso como una confirmación adicional de ello.



En cuanto termina la vista, los otros dos jueces y yo trasladamos la sesión, sin nuestros pasantes, a una sala de reuniones adyacente a la del juicio, donde discutiremos los casos de la mañana y decidiremos su resultado, y redactaremos el dictamen de cada uno para el tribunal. Esta es una sala elegante, que en todo, incluida la gran araña de cristal, recuerda al comedor de un club de caballeros. En el centro hay una enorme mesa de estilo chippendale, rodeada de las suficientes sillas de cuero con respaldo alto para acomodar a los dieciocho jueces del tribunal en las raras ocasiones en que nos reunimos todos para decidir sobre algún caso.

—Me ratifico —interviene Marvina Hamlin, como si no tuviera sentido discutir, una vez llegamos al caso Harnason.

Marvina es la típica negra dura, con abundantes razones para ser así. Se crió en el gueto, tuvo un hijo a los dieciséis años y, a pesar de ello, continuó estudiando. Empezó como secretaria judicial y terminó como abogada; una abogada muy buena, debo decir. Llevó dos casos ante mi tribunal hace años, cuando yo era juez de primera instancia. Después de tratar con ella durante una década, sé que no cambiará de opinión. Desde que su madre, a muy temprana edad, le dijo que tenía que cuidar de sí misma, no ha oído a ningún otro ser humano decir nada digno de consideración.

—¿Quién más pudo hacerlo? —pregunta.

—¿A usted le trae el café su secretaria, Marvina? —le pregunto.

—Me lo voy a buscar yo misma, gracias —replica.

—Ya sabe a lo que me refiero. ¿Qué prueba hay de que no fuera alguien del trabajo?

—Los fiscales no tienen que perseguir conejos en todas las madrigueras —responde—. Y nosotros tampoco.

Tiene razón en lo que dice, pero, alentado por este intercambio, les digo a mis colegas que votaré que el veredicto sea revocado. Así pues, Marvina y yo nos volvemos hacia George Mason, que será quien, a efectos prácticos, decida el caso. George, que es un educado virgiano, todavía conserva tenues restos de su acento nativo y está bendecido con la ideal mata de pelo blanco que un director de reparto buscaría para un juez. George es mi mejor amigo en la judicatura y me sustituirá como presidente del tribunal si, como todo el mundo espera, gana las primarias y las elecciones generales del año próximo y asciendo al Tribunal Supremo del Estado.

—Creo que está dentro de los límites —dice.

—¡George! —protesto.

George Mason y yo llevamos treinta años lanzándonos el uno al cuello del otro como juristas, desde que apareció en calidad de abogado del Estado recién licenciado asignado al tribunal en el que yo era el fiscal principal. En el ámbito de la ley, como en todos los demás, la experiencia temprana es formativa, y George suele ponerse de parte del acusado más a menudo que yo. Pero hoy, no.

—Admito que, si se tratara de un juicio en primera instancia, lo habría declarado no culpable —dice—, pero estamos en una apelación y no me atrevo a sustituir el veredicto del jurado por el mío.

Este pequeño comentario va dirigido a mí. Nunca lo diré en voz alta, pero percibo que la aparición de Molto y la importancia que la fiscalía da al caso han inclinado lo suficiente el fiel de la balanza en mis dos colegas. Sea como sea, el resultado es que he perdido. Eso también forma parte del trabajo, aceptar las ambigüedades de la ley. Le pido a Marvinna que redacte el dictamen para el tribunal. Todavía un poco acalorada, sale de la sala y George y yo nos quedamos solos.

—Un caso difícil —comenta.

Es un axioma de nuestra profesión —como el de que marido y mujer no se acuesten nunca enfadados—, que los jueces de un tribunal de apelación abandonen los desacuerdos que hayan tenido en la deliberación. Me encojo de hombros a modo de respuesta, pero nota que sigo disgustado.

—¿Por qué no presentas un voto discrepante? —dice, refiriéndose a que redacte mi propio dictamen, explicando por qué creo que los otros dos no tienen razón—. Prometo que volveré a considerar el asunto cuando lo vea sobre el papel.

Yo rara vez discrepo, ya que una de mis principales responsabilidades como presidente de la sala es promover la armonía en el tribunal, pero decido aceptar su propuesta y me dirijo a mis dependencias para empezar el proceso con mis pasantes. Como presidente, ocupo un espacio del tamaño de una casa pequeña. Tras una antesala donde están mi secretaria y los funcionarios del juzgado, se abren dos reducidos despachos para mis pasantes y, al otro lado, mi enorme zona de trabajo, de diez metros por diez y un piso y medio de altura, con las paredes revestidas de roble antiguo barnizado, lo que da a la estancia el lóbrego aire de un castillo.

Cuando abro la puerta de esa sala, me encuentro a una multitud de unas cuarenta personas que inmediatamente gritan: «¡Sorpresa!». Estoy sorprendido, sí, pero sobre todo por lo malsano que me parece que me recuerden mi cumpleaños. Sin embargo, finjo estar encantado mientras doy una vuelta por la sala, saludando a personas cuya larga presencia en mi vida las convierte, debido a mi estado de ánimo actual, en un recordatorio tan doloroso como un mensaje grabado en la lápida.

Tanto mi hijo, Nat, que ahora tiene veintiocho años, un poco demasiado delgado, pero enormemente atractivo, con su melena negra azabache, como mi esposa, Barbara, de cincuenta y seis, están presentes, lo mismo que quince de los restantes diecisiete jueces. George Mason acaba de llegar y me da un abrazo, un gesto de esta época con la que ninguno de los dos nos sentimos cómodos, al tiempo que me entrega una caja en nombre de mis colegas.

También están algunos de los principales funcionarios del tribunal y varios amigos que siguen trabajando como abogados. Mi primer jefe, Sandy Stern, orondo y robusto aunque afectado por una tos de verano, ha venido con su hija y compañera de bufete, Marta, y también el hombre que hace veinticinco años me nombró su secretario, el anterior fiscal jefe Raymond Horgan. En un solo año, Raymond pasó de ser amigo a enemigo y luego amigo otra vez, cuando testificó contra mí en mi juicio y, después de mi absolución, puso en marcha el proceso que me convirtió en fiscal jefe. Ahora, Raymond vuelve a desempeñar un papel importante en mi vida como director de mi campaña para el Tribunal Supremo. Plantea las estrategias y sacude el árbol del dinero en las grandes empresas, dejando los demás detalles de la operación a dos mujeres, dos fieras de treinta y uno y treinta y tres años, cuyo compromiso con mi elección es más intensa que la de un matón profesional.

La mayor parte de los presentes son o han sido abogados defensores, un grupo de gente amigable por naturaleza, y el ambiente es distendido y alegre. Nat se licenciará en junio de la facultad de Derecho y, una vez colegiado, empezará una pasantía en el Tribunal Supremo del Estado, donde antaño yo también fui investigador ayudante de un juez. Nat sigue siendo el mismo, se siente incómodo en las conversaciones, y Barbara y yo, siguiendo un hábito adquirido hace mucho tiempo, nos acercamos a él de vez en cuando para protegerlo. Mis

dos pasantes, que realizan un trabajo similar al que hará Nat, ayudándome en las investigaciones y escribiendo mis dictámenes para el tribunal, llevan a cabo hoy una tarea mucho menos distinguida, la de camareros. Como Barbara se siente siempre a disgusto fuera del ámbito doméstico, en especial en los actos sociales, mi pasante veterana, Anna Vostic, oficia más o menos de anfitriona y vierte un chorrito de champán en el fondo de los vasos de plástico, que enseguida levantan todos para una interpretación festiva del «Cumpleaños feliz». Todo el mundo aplaude cuando se comprueba que todavía tengo el fuelle necesario para apagar el incendio del bosque de velas plantado en la tarta de zanahoria de cuatro pisos que Anna ha preparado.

La invitación decía «nada de regalos», pero hay un par de bromas. George encontró una tarjeta que reza: «Felicidades, hombre, has cumplido sesenta años, y ya sabes lo que eso significa». Y dentro: «¡No más bomboncitos!». Y, debajo, él ha escrito a mano: «P.D. Ahora ya sabes para qué llevan toga los jueces». En la caja que me ofrece encuentro una toga nueva, negra azabache, con charreteras de trencilla dorada como las de los tambores mayores del ejército. La broma provoca grandes risas cuando enseño la prenda a los invitados allí reunidos.

Después de otros diez minutos de charla, el grupo empieza a dispersarse.

—Hay noticias —susurra Ray Horgan, con una voz tan queda como la de un duende, mientras pasa a mi lado camino de la puerta.

Una sonrisa contrae su rostro rosado, pero las conversaciones partidistas sobre mi candidatura están prohibidas en los recintos oficiales y, como presidente del tribunal, siempre tengo presente la responsabilidad de dar ejemplo. En vez de hablar allí, accedo a pasar por su despacho media hora más tarde.

Cuando todo el mundo se ha marchado, Nat, Barbara, yo y los miembros de mi equipo recogemos los platos y los vasos. Les doy las gracias a todos.

—Anna ha estado maravillosa —dice Barbara y, en uno de esos arrebatos de candor que el bicho raro de mi mujer nunca entenderá que son innecesarios, añade—: La idea de la fiesta ha sido suya.

Barbara siente un profundo afecto por mi pasante más veterana y a menudo expresa su decepción porque Anna sea demasiado mayor para Nat, que acaba de romper con su novia de mucho tiempo. Me uno a los elogios al pastel de Anna, cuyas dotes para la repostería son

famosas en el Tribunal de Apelación. Envalentonada por la presencia de mi familia, que solo puede ver su gesto como inocente, Anna se acerca a darme un abrazo mientras yo le doy unas palmaditas en la espalda en actitud de camaradería.

—Felicidades, juez —exclama—. ¡Es usted el mejor!

Acto seguido se marcha, mientras yo hago lo que puedo por borrar de mi mente, o al menos de mi cara, la sorprendente sensación de tener a Anna totalmente pegada a mi cuerpo.

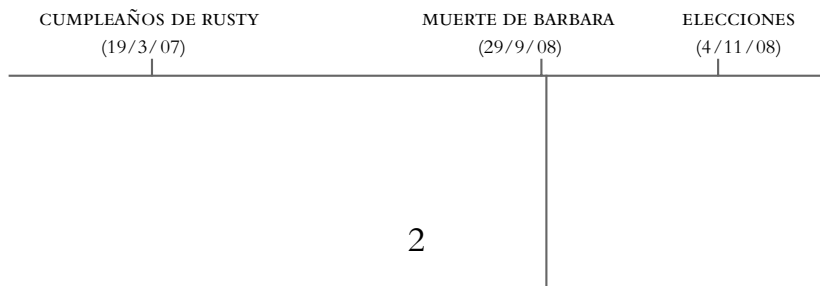
Confirmando los planes para cenar con mi esposa y mi hijo. Como era previsible, Barbara prefiere hacerlo en casa en lugar de ir a un restaurante. Se marchan los dos mientras los olores de tarta y champán persisten tristemente en el aire de la sala, que acaba de quedar en silencio. Con mis sesenta años a cuestas estoy, como siempre, solo para enfrentarme conmigo mismo.

No he sido nunca lo que se diría un tipo alegre. Me doy cuenta de que he tenido más suerte de la que en justicia me correspondía. Quiero a mi hijo. Disfruto con mi trabajo. Después de caer en un valle de vergüenza y escándalo, escalé de nuevo las cimas de la respetabilidad. Tengo un matrimonio propio de la mediana edad que sobrevivió a una crisis que iba más allá de lo imaginable y que a menudo es apacible, aunque la conexión entre Barbara y yo no siempre es completa. Pero crecí en un hogar conflictivo, con una madre tímida y distraída y un padre que no se avergonzaba de ser el hijo de una puta. De niño no fui feliz, por lo que hasta cierto punto es natural que, de adulto, no me sienta nunca satisfecho.

Pero incluso para los parámetros de alguien como yo, cuya temperatura emocional normalmente oscila entre el desinterés y la tristeza, he esperado la fecha de hoy de mala gana. El avance hacia la mortalidad ocurre cada segundo, pero todos experimentamos ciertos hitos. Los cuarenta me cayeron encima como una tonelada de ladrillos: el principio de la mediana edad. Ahora, con sesenta, sé perfectamente que se levanta el telón para el último acto. No hay manera de evitar las señales: Simvastatinas para reducir el colesterol, Flomax para mantener la próstata a raya. Y cuatro Advil por la noche con la cena, porque pasarme todo el día sentado, un riesgo laboral, me destroza las lumbares.

La perspectiva del declive añade un terror especial al futuro y, sobre todo, a mi campaña para el Tribunal Supremo, pues dentro de

veinte meses, cuando jure el cargo, habré llegado lo más lejos que la ambición puede llevarme. Y sé que aun así notaré un molesto susurro procedente de mi interior. «No es suficiente –dirá la voz–. Todavía no.» Todo estará hecho, todo estará logrado. Y sin embargo, en el fondo de mi corazón, todavía me faltará ese pedazo innombrable de felicidad que se me escapa desde hace sesenta años.



TOMMY MOLTO, 30 DE SEPTIEMBRE DE 2008

Tomassino Molto III, fiscal jefe en funciones del condado de Kindle, estaba sentado al escritorio de su despacho, un mueble grande y pesado como un Cadillac de los años sesenta, maravillándose de lo mucho que había cambiado últimamente, cuando su ayudante principal, Jim Brand, llamó a la puerta con un solo golpe de nudillos.

—¿Qué, sumido en profundas reflexiones? —le preguntó Brand.

Tommy sonrió e hizo un gran esfuerzo por mostrarse evasivo, dada su personalidad crónicamente directa y franca. Un par de veces cada hora, como el goteo que rezuma de un alero, le rondaba por la cabeza la cuestión de cuánto había cambiado en los dos últimos años. La gente comentaba que se había transformado radicalmente y le preguntaban, bromeando, dónde tenía escondidos el genio y la lámpara. Pero Tommy estaba en su segundo período como fiscal en funciones y había aprendido a reconocer los halagos que la gente dedica siempre al poder. Se preguntaba hasta qué punto podían cambiar las personas realmente. ¿De verdad se había convertido en otro? ¿O, en el fondo, seguía siendo el mismo de siempre?

—Acaba de llamar la policía estatal de Nearing —dijo Brand al entrar—. Han encontrado a Barbara Sabich muerta en la cama. La mujer del presidente del tribunal.

Tommy apreciaba mucho a Jim Brand. Era un buen abogado, y leal como poca gente lo era ya en aquellos tiempos. Pero aun así, reprimió cualquier gesto que indicara que tenía un interés especial en Rusty Sabich. Pero lo tenía, por supuesto. El nombre del presidente del Tribunal de Apelación, a quien Tommy había procesado sin éxito veintidós años antes por el homicidio de una colega de ambos, toda-

vía le provocaba una especie de corriente eléctrica, pero lo que no le gustaba era la insinuación de que le siguiera guardando rencor a Sabich desde entonces. El rencor era propio de gente deshonesto, incapaz de afrontar la verdad, sobre todo una verdad que resulta poco halagüeña. Tommy había aceptado hacía mucho la sentencia de aquel caso. Un juicio era una pelea de perros, y Rusty y el suyo habían ganado aquella.

—¿Y bien? —preguntó Tommy—. ¿Nuestra oficina va a mandar flores?

Brand, alto y corpulento, con una camisa blanca tiesa como el alzacuellos de un sacerdote, sonrió mostrando una buena dentadura. Tommy no secundó su sonrisa, pues lo había preguntado en serio. Ese era un ejemplo más de lo que le había sucedido toda su vida, cada vez que su manera de pensar, tan clara y resuelta, lo llevaba a hacer un comentario que todo el mundo tomaba por evidente comedia.

—No, pero es extraño —dijo Brand—. Por eso el teniente ha llamado para informar de lo sucedido. Es como si dijera: «¿Qué hacemos con esto?». La mujer estira la pata y el marido ni siquiera llama a emergencias. ¿Quién ha nombrado forense a Rusty Sabich?

Tommy le pidió más detalles. El juez, explicó Brand, no le había comunicado la muerte a nadie, ni siquiera a su hijo, durante casi veinticuatro horas. En cambio, había preparado el cuerpo como si fuera un empleado de la funeraria, como si fueran a velar a su mujer allí mismo. Sabich había atribuido sus acciones a la conmoción, al dolor. Quería que todo estuviese perfectamente ordenado antes de dar la noticia. Tommy creyó entender por qué. Hacía veintidós meses, a los cincuenta y siete años, después de una vida en la que sentir un punzante deseo por alguien era para él tan inevitable como respirar, Tommy se había enamorado de Dominga Cortina, una tímida y guapa funcionaria de la administración del tribunal. Enamorarse no era nada nuevo para él. Durante toda su vida, cada par de años había aparecido alguna mujer —en el trabajo, en los bancos de la iglesia o en su edificio— que le despertaba una fascinación y un deseo tan arrolladores como un tren a toda velocidad. Su interés nunca era correspondido, y la mirada esquiva de Dominga cada vez que Tommy andaba cerca parecía indicar más de lo mismo, lo cual era comprensible, porque ella solo tenía treinta y un años. Sin embargo, una amiga de la joven se había fijado en las penetrantes miradas de Tommy y le había dicho



que se atreviera a pedirle una cita. Se casaron al cabo de nueve meses. Y once meses después de la boda nacía Tomaso. Si Dominga moría, la Tierra se desintegraría para él lo mismo que una estrella muerta y toda la materia quedaría reducida a un átomo. Porque para Tommy había cambiado algo fundamental: había conocido la alegría. Por fin. Y a una edad en que la mayoría de las personas, incluso las que habían disfrutado de grandes dosis de ella, abandonaban la esperanza de lograr más.

—Treinta y cinco años de matrimonio más o menos —comentó Tommy—. Dios. A veces la gente actúa de manera extraña. En cualquier caso, él es un tipo extraño.

—Eso dicen —contestó Brand.

En realidad, Jim no conocía a Sabich. Para él, el presidente del tribunal era un personaje remoto. No recordaba los días en que Rusty recorría las salas de la fiscalía con un aire malhumorado que parecía dirigido a sí mismo. Brand tenía cuarenta y dos años. Con esa edad ya era mayor; lo suficientemente mayor como para ser presidente o para dirigir aquella oficina. Pero lo era de una forma distinta a la de Tommy. Lo que para este era vida, para Brand era historia.

—El teniente anda con la mosca detrás de la oreja —añadió Brand.

Los polis siempre sospechaban. Los buenos siempre eran malos disfrazados.

—¿Y qué cree que ha ocurrido? —preguntó Molto—. ¿Hay signos de violencia?

—Bueno, esperarán el informe del forense, pero no hay sangre ni nada de eso. Tampoco tiene contusiones.

—¿Entonces?

—No sé, jefe, pero ¿veinticuatro horas? En ese tiempo se pueden ocultar muchas cosas. Lo que hubiera en su sangre podría desaparecer.

—¿Qué podría haber?

—Joder, Tom, solo estaba especulando. Pero la poli cree que deberían hacer algo. Por eso he venido a verte.

Cada vez que Tommy pensaba en el juicio de Sabich, acaecido hacía veintidós años, lo que evocaba de esa época era la profusión de emociones. Carolyn Polhemus, ayudante del fiscal, amiga de Tommy y una de esas mujeres a las que él no podía por menos de desear, había aparecido estrangulada en su apartamento. La investigación del crimen, que había tenido lugar en medio de una encarnizada campa-

ña por la fiscalía entre Ray Horgan, que optaba a repetir en el cargo, y el aspirante y amigo de infancia de Tommy, Nico Della Guardia, fue irregular desde el principio. Ray se la asignó a Rusty, su ayudante principal, y este no hizo nunca mención de que, unos meses antes, había tenido una aventura secreta con Carolyn que había terminado mal. Desde que recibió el encargo, Rusty se dedicó al caso y, convenientemente, dejó de investigar una serie de pruebas –registros telefónicos, análisis de huellas dactilares– que lo incriminaban de manera directa.

Después de que Nico ganara las elecciones, cuando Sabich fue acusado de la muerte, parecía muy claro que era culpable. Sin embargo, en el juicio, el caso se vino abajo. Habían desaparecido pruebas y el patólogo de la policía, que había identificado el grupo sanguíneo de Rusty en la muestra de semen recogida del cadáver de Carolyn, había pasado por alto que la víctima se había sometido a una operación de ligadura de trompas y en el estrado no pudo explicar por qué la mujer había utilizado también un espermicida. Sandy Stern, el abogado de Rusty, puso de manifiesto todas las fisuras de la teoría construida por la acusación y atribuyó todos los fallos de la investigación –las pruebas perdidas, la posible contaminación de la muestra– a Tommy y a un vergonzoso intento de este de incriminar a Sabich. La táctica dio resultado: Rusty Sabich salió libre, Nico fue destituido en consulta popular y, para ahondar aún más en la herida, Sabich fue nombrado fiscal.

Durante los años transcurridos desde entonces, Tommy había intentado hacer una valoración objetiva de la posibilidad de que Rusty fuera inocente. En realidad, podía serlo. Y esa era su postura pública. No hablaba nunca del caso con nadie sin decir «quién sabe». El sistema había funcionado. El juez había quedado en libertad. Olvidémoslo y sigamos adelante. Tommy no tenía ni idea de cómo había empezado a existir el tiempo, ni de qué había sido de Jimmy Hoffa, ni de por qué los Trappers perdían un año tras otro. Y tampoco tenía ni idea de quién había matado a Carolyn Polhemus.

Sin embargo, su corazón no seguía el camino de la razón. Allí, grabado a fuego, decía: Sabich lo hizo. Tras un año entero de investigación, finalmente se demostró que Tommy no había cometido casi ninguna de las infracciones de las que lo habían acusado solapadamente en la sala del tribunal. Había cometido errores. Había filtra-

do información confidencial a Nico durante la campaña, pero todos los ayudantes de la fiscalía filtraban información confidencial. Sin embargo, no había ocultado pruebas ni manipulado a testigos. Tommy era inocente y, como sabía que lo era, le parecía una cuestión de lógica que Sabich fuese culpable. Pero se reservó ese convencimiento para sí mismo; ni siquiera se lo comentó a Dominga, que casi nunca le preguntaba por su trabajo.

—No puedo meterme en esto —le dijo a Brand—. Demasiada historia...

Brand se encogió de hombros. Era un tipo corpulento, que había entrado en la universidad con una beca deportiva y había acabado siendo un destacado jugador de la liga universitaria. De eso hacía veinte años. Brand tenía un cabezón enorme en el que le quedaba poco pelo, y en aquellos momentos lo sacudía despacio.

—No puedes quitarte de encima un caso cada vez que te llega alguien acusado por segunda vez. ¿Quieres que busque expedientes y vea cuántas incriminaciones has firmado de tipos que salieron libres la primera vez?

—Pero ¿cuántos de ellos están a punto de presentarse a las elecciones para el Tribunal Supremo del Estado? La sombra de Rusty es alargada, Jimmy.

—Yo solo te lo comento —replicó Brand.

—Esperemos a tener el resultado de la autopsia. Pero hasta entonces, nada. Nada de polis entrometidos husmeando en el pasado de Rusty. Y ninguna participación de la fiscalía. Nada de citaciones del gran jurado, ni ninguna otra cosa hasta que aparezca algo sustancial. Y eso no va a ocurrir. Todos podemos pensar lo que queramos de Rusty Sabich, pero es un tipo listo. Muy listo. Dejemos que los polis de Nearing se dediquen a lo suyo hasta que tengamos noticias del forense. Eso es todo.

A Brand no le gustó lo que oía, y Tommy se percató de ello. Sin embargo, Jim Brand había sido marine y comprendía la cadena de mando. Se marchó con aquel leve malhumor que siempre mostraba cuando decía: «Como tú digas, jefe».

Cuando se quedó solo, Tommy dedicó un instante a pensar en Barbara Sabich. De joven, había sido una mujer bonita, con una melena de abundantes rizos morenos, un cuerpazo increíble y una expresión dura que decía que ningún hombre podría poseerla. En las

dos últimas décadas, apenas la había visto. Ella no tenía las mismas responsabilidades públicas que su esposo y, probablemente, había evitado cruzarse con él. Durante el juicio de Rusty, Barbara se había sentado en la sala todos los días, fulminando a Tommy con la mirada cada vez que él volvía la vista hacia ella. «¿Qué te hace estar tan segura?», había querido preguntarle más de una vez. Ahora, se había llevado la respuesta a la tumba. Y, como hacía siempre desde sus tiempos de monaguillo, Tommy elevó una breve plegaria por la fallecida. «Acoge para siempre en Tu seno, Señor, el alma de Barbara Sabich.» La difunta era judía, recordó, y sus plegarias no le importarían, igual que tampoco había mostrado nunca el menor interés por él mientras estaba viva, antes incluso del juicio de Rusty. En Tommy volvió a desencadenarse el mismo profundo dolor que había sentido toda su vida ante el desdén que recibía con frecuencia y, siguiendo otra de sus arraigadas costumbres, luchó por reprimirlo. Rezaría por ella, a pesar de todo. Eran reacciones como esa la que Dominga había visto en él y, gracias a ellas, se la había ganado. Su mujer conocía la bondad que había en su corazón mucho mejor que ningún otro ser humano, a excepción de su madre, que había fallecido hacía cinco años.

Al pensar en su joven esposa, un poco regordeta y de generosas curvas en los lugares idóneos, a Tommy le sobrevino el deseo y notó el principio de una erección. Había decidido que no era pecado sentir lujuria por la propia esposa. En el pasado, Rusty también debía de haber deseado a Barbara de ese modo. Ahora, ella ya no estaba. «Acógela, Señor», pensó de nuevo. Luego, miró a su alrededor y, una vez más, se preguntó hasta qué punto había cambiado.